

Tres poemas

Víctor Sosa

A Eduardo Espina

La palabra importa: exporta sentido, sopla
con ese aliento al vidrio, o al menos
silba en la soledad de Góngora: *pasos*
de un peregrino son, errante; porque son
ante todo sonoras las palabras, no salen
al vano de la casa, a la veranda —vanidosas—
de la India, a solazarse en el silencio; allí
en ese quicio del iglú no hay palabras, hay
una mano amiga que concede la esposa al
que camina, esa es la realidad; ni Lezama
lima la palabra como ella (y como ejemplo
dice quetzal); la que dice quetzal produce
la palabra; produce palabras que importan
exportan lo que vendrá: pájaros, sentidos
en la punta de la lengua, silbados aun en
la soledad o contra el vidrio: viento y mareo
del poema; porque ella lo sabe (lo dice)
lo difícil estimula, lo difícil en extinción
estimula más, es decir: es tinta que es pluma
(de quetzal), espuma en boca de jaguar que salta
(vidrio afuera), que sangra y quema; ¿qué más
puedo decir? —dice y se extiende isóseles

en
el aire

(Tractatus)

No saber qué hacer
donde mirar adónde
dirigir esa res desollada de pronto
un domingo de carnaval en el mundo
no saber qué hacer con el misterio
porque querencia no hay ni con el instinto
ay —eso sí
todos quieren un cuerpo
una *summa theologica* un
Ludwig en el cuarto que les diga al oído
y a la misma hora de morir:

el mundo es real.

Si escribieras todo lo que piensas
nunca dejarías de escribir. Si pensaras
todo lo que escribes nunca dejarías de pensar.
Piensas, luego miras el mar; te miras
en el ave zancuda que se posa
a la vera del que brama; como si
meditara, a la vera, el ave; como si hiciera
así con el pico para sacudir el pincel de plumas
para despertar alborozo al alba, para pintarse
de blanco sobre blanco sobre la espuma
como Malevich el ave. Para volar
sólo hace falta volar —nos dice muda
moderna estilo decó sobre sus patas
la tan ingrátida, la más —además de bonita
real por rara que por ralea. Seguro
se escapó de un jarrón chino —me digo al oído
es decir al oír la arder en la huída
en ese sobrevuelo de su forma.

Entonces
sobran las palabras: el ave
se salva en su vuelo; la poesía se salva
en esa selva que no conoces.



Bailarín azul II, acero pintado y oxidado,
1992, 260 x 114 x 118 cm.